

POST MORTEM

Kate London

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

CAPÍTULO 1

LA DETECTIVE SARGENTO SARAH COLLINS y el detective Steve Bradshaw habían estado en la zona cuando se transmitió la llamada. Les había llevado solo unos minutos llegar al lugar de los hechos, pero los vehículos de emergencias ya bloqueaban el acceso que conducía a la Torre Portland. Collins detuvo el automóvil en el medio de la calle y dejó encendidas las luces de la sirena.

—Hazte cargo de la escena —dijo—. Yo subiré a la azotea. Collins echó a correr. Bradshaw, moviéndose con más lentitud, fue al maletero del auto a buscar su bolso. Collins sacó su placa del bolsillo de la chaqueta y se abrió camino entre los curiosos que se amontonaban para intentar echar un vistazo. Al pasar entre ellos, olió sudor y sintió la presión de sus codos, su jadeante curiosidad.

—Policía. Háganse a un lado.

Al llegar delante, sufrió el impacto repentino de ver los cuerpos tendidos sobre el asfalto de la plaza, a la vista de todos.

Tendido boca abajo vio a un hombre blanco con uniforme de agente de policía. Estaría al final de su cuarentena o principios de su cincuentena y tenía exceso de peso.

El otro, extendido hacia fuera, estaba claramente fracturado. Del estómago del hombre muerto había brotado mucha sangre que encharcaba el suelo.

La adolescente estaba boca arriba, con la cabeza hacia atrás, los brazos y la boca abiertos, como una muñeca pálida arrojada sin piedad contra el cemento. A poco más de un metro de distancia, se veía, incongruente contra el asfalto, una mochila con lunares rosados. La chica tenía piel oscura; del norte de África, pensó Collins. Vestía jeans y una camiseta con la imagen de un gato en la parte delantera. La cabeza del gato era desproporcionadamente grande para el cuerpo, con ojos todavía más grandes. Tenía una cola arqueada que se enroscaba en el hombro de la chica. La sangre del hombre muerto le había salpicado la camiseta y la cara. Resultaba extraño ver la sangre allí intacta, sin que nadie la hubiera limpiado.

Collins trató de reprimir la angustia que la invadió repentinamente. Por unos instantes, la paralizó y la mantuvo inmóvil en su sitio. Los paramédicos estaban recogiendo sus equipos. Los habían llamado solamente por protocolo: alguien tenía que certificar las defunciones. Collins levantó la mirada hacia el cielo azul, frío y brillante. El solo hecho de imaginar la caída imparable le provocaba vértigo. La torre se elevaba hacia las alturas y arrojaba su sombra sobre ella. Estas vidas ya no requerían ayuda, se dijo. Tenía trabajo que hacer, se concentraría en eso. Steve aislaría la escena.

Un policía les indicaba a los horrorizados agentes que empujaran la gente hacia atrás. Llevaba guantes azules de plástico en las manos y un rollo de cinta azul y blanca. Justo delante de ella había un joven agente asiático. Se lo veía pálido y demacrado. Collins le mostró su placa y le habló en voz baja, como si le confiara un secreto.

—Soy la detective sargento Collins, de la Dirección de Investigaciones Especiales. Mi colega, el detective Steve Bradshaw, llegará en un momento. Lo ayudará a delimitar la escena.

El agente le permitió pasar y ella atravesó con paso rápido la explanada que rodeaba el edificio para dirigirse a la entrada. A pesar de su voluntad de mantenerse serena, el corazón le latía con fuerza. Se repitió el mantra de los investigadores: “Una cosa cada vez. Una decisión por vez”. Cada detalle podía ser significativo y cada decisión que tomara podría tener –mucho más tarde, frente a un tribunal frío y estricto– consecuencias no imaginadas. El universo giraba y ella deseaba detenerlo y aferrarse a cada partícula para tener tiempo de examinarla, de hacerla girar lentamente bajo la luz. Toda acción humana contaminaba. De todas maneras, subiría a la azotea. Vacilar podría llevarla a perder más pruebas. Como, por ejemplo, averiguar quién estaba allí arriba en ese mismo momento.

Habían dejado abierta la puerta que llevaba a la escalera. Se detuvo y examinó la lata de Coca que alguien había colocado entre la puerta y el marco. Llamó a Steve por el móvil.

—Envía alguien a la puerta, de prisa. Que nadie mueva nada. Que nadie suba ni baje. Hay una lata de Coca aquí que hay que llevarse como prueba.

Se tocó el bolsillo del pantalón y sacó un par de guantes de plástico azul, iguales a los que llevaba el sargento uniformado. Mientras se los colocaba, paseó la mirada por el edificio; vio la cámara de seguridad que apuntaba hacia la puerta. Entró en el vestíbulo, tenuemente iluminado por la luz pálida que se colaba por los ladrillos de cristal que formaban parte de la pared exterior. A la derecha, se veía una conserjería desierta; delante de ella, estaban las puertas oscuras de dos ascensores y, a la izquierda, la que llevaba a la escalera de incendios. Se detuvo a evaluar qué camino habrían tomado hacia la azotea. ¿Ascensor o escaleras? Ordenaría a un equipo de búsqueda que examinara toda la zona en busca de huellas dactilares, pero, mientras tanto, correría el riesgo de contaminar el sitio y tomaría el horrible ascensor. Sacó un bolígrafo del bolsillo y lo utilizó para presionar el botón.

Las paredes del ascensor eran de metal y estaban veteadas y manchadas. Había papel de aluminio quemado en el suelo. Rogó que el ascensor no se rompiera. Subió con crujidos, enviando ecos de vibraciones por el pozo. Las puertas se abrieron en el último piso. Por encima de ella, la escalera de servicio subía hacia la oscuridad, iluminada por un cuadrado de luz proveniente de la abertura que daba al techo.

Mientras subía, escuchó el ruido de voces distantes. Cuando salió de la escalera, recibió el impacto del viento. La altura misma la impulsaba a retroceder. Unas nubes galopaban por el cielo azul. Desde donde estaba, no se veía el suelo, solo la plataforma blanca de cemento de la azotea y el cielo que parecía girar. A medio metro de la cornisa, un inspector uniformado estaba frente a una agente de policía. La mujer era joven, de poco más de veinte años. Delgada, de textura atlética. No tenía puesto el sombrero y Collins vio el pelo rubio sujeto en una trenza. Estaba sentada; sobre su regazo, rodeándole el cuello con un brazo, había un niño pequeño enfundado en un disfraz de oso.

Collins mostró su placa.

—Soy la detective sargento

Sarah Collins.

El hombre avanzó hacia ella. Era alto, con un mechón canoso en el pelo.

—¿Qué hace aquí? Esto es la escena de un accidente.

—Podría preguntarle lo mismo, señor.

El hombre se sonrojó, molesto.

—Soy Kieran Shaw, el inspector de guardia. Está muy claro lo que yo estoy haciendo aquí. Uno de mis agentes ha muerto. Aquí hay otra agente, sola, con un niño perdido. Estoy aquí para asegurarme de que nadie más se caiga de esta puta azotea. —Le dio la espalda y habló por el transmisor.

—Atención, control, habla el inspector Shaw. Que un agente clausure con cinta inmediatamente las escaleras y

cualquier otra entrada al edificio. Que nadie suba ni baje. Esto es un incidente especialmente grave. —Se volvió otra vez hacia la agente y el niño enfundado en el disfraz de oso—. Los llevaremos abajo.

Collins miró a la agente. Quería hablarle allí mismo. Alejarla de ese inspector y averiguar qué había sucedido antes de que alguien pudiera darle instrucciones. Pero la agente estaba pálida y tenía los labios azulados. Comenzaba a temblar, como si hubiera estado inmersa por demasiado tiempo en agua muy fría. Collins habló por su propio transmisor:

—Habla la detective Collins, de la Dirección de Investigaciones Especiales, control. De ahora en adelante, me encargaré de este asunto. El detective Steve Bradshaw se encuentra supervisando la delimitación de la escena del accidente. Necesitamos asistencia médica para una mujer adulta que parece estar entrando en *shock*. Respira y está consciente. Me encontraré con la ambulancia al pie de las escaleras.

Collins dejó a la agente sentada en una ambulancia al cuidado de los paramédicos, que evaluaban su estado. Anotó el nombre de la mujer en su libreta: agente Lizzie Griffiths.

La madre del chico esperaba en el asiento trasero de un vehículo policial. Collins le soltó la mano al osito y lo vio correr hacia ella. En cuanto vio al niño, la mujer abrió la puerta del auto y corrió a su encuentro. Lo levantó en el aire y luego lo estrujó con fuerza contra su pecho, apretando la cara contra la de él hasta que el niño chilló:

—¡Mami!

Le colocó la capucha y hundió la nariz contra ella. El agente de policía que estaba al volante del auto les permitió unos momentos juntos antes de hacerlos subir y alejarlos de los periodistas y cámaras que acechaban. Collins vio como el auto giraba lentamente y se alejaba del lugar.

Sabía que, a partir de ese momento, comenzaría una carrera para no perder pruebas, sería como tratar de recoger caracolas antes de que suba la marea y se las lleve para siempre. No, no solamente recoger las caracolas, sino clasificarlas y registrarlas. Levantó la mirada. El cielo estaba gris. El tiempo estaba cambiando y el sol de la primavera comenzaba a palidecer. Tendrían que trabajar rápido. Regresó al auto y sacó del maletero un traje protector de criminalística y un cuaderno de registro de actuaciones.

Se encontró con Steve en el perímetro de la escena del accidente. Él encendió dos cigarrillos y le pasó uno. Fumaron juntos mientras observaban cómo los agentes locales intentaban montar las tiendas blancas que ya habían llegado en vehículos policiales.

—Nunca es fácil, ¿verdad? —dijo Steve.

Juntos se repartieron las varias tareas que tenían por delante. Había mucho que hacer: informar a las familias, decidir la estrategia forense, recabar información puerta por puerta, revisar las cámaras de seguridad, hablar con los testigos, recoger la información del equipo de respuesta. Steve llamó a la compañía de autobuses y a la oficina local de las cámaras de seguridad. Iría con otro agente a ver si podía obtener las filmaciones antes de que los operadores se marcharan a su casa. Collins miró el reloj. La gente ya estaría pensando en irse. Muy pronto comenzaría a resultarles difícil contactar a los civiles con los que tenían que hablar. Con cada minuto que pasaba, se perdían oportunidades de preservar las pruebas. Los adolescentes volvían ya del colegio a su casa y pasaban por el perímetro de la escena con sus zapatos y mochilas polvorientas.

CAPÍTULO 2

EN LA PARTE TRASERA DE la ambulancia, un paramédico hablaba con Lizzie y completaba un formulario amarillo sujeto a una carpeta. Se inclinó hacia delante y le colocó la banda del tensiómetro alrededor de la parte superior del brazo. Ella lo sintió inflarse y constreñir el flujo de sangre. Era como si todo le estuviera sucediendo a otra persona. El paramédico le dijo algo. No comprendió qué era, pero sí que se trataba de una pregunta que el hombre le había hecho con una sonrisa.

—Sí, sí —y le devolvió la sonrisa.

Estaba muy atenta a la carpeta del paramédico, al dibujo de diamantes de la cubierta y la oscura pinza sujetapapeles. Se preguntó cómo de difícil sería abrir la pinza. Algunas estaban muy duras. La puerta de la ambulancia se abrió. Su superior, el inspector, estaba fuera, hablando por el transmisor. Le hizo un gesto con la cabeza y ella se lo devolvió.

—Inspector. —Se mordió con fuerza el labio superior con los dientes. Sentía como si estuviera anestesiada.

Un hombre muy delgado con rostro arrugado entró en la ambulancia. Vestía un traje azul oscuro. Le mostró la placa al paramédico y se sentó frente a ella. Notó que él tenía el dedo del medio manchado de nicotina. El paramédico y el hombre

hablaban, pero ella no comprendía lo que decían. El hombre se inclinó hacia delante y le apoyó la mano en el hombro con suavidad.

—Lizzie. Te llamas Lizzie, ¿verdad?

—Sí.

—Aquí tienes mi tarjeta, Lizzie. Soy el detective Steve Bradshaw. Mira, dame tu placa. Introduciré la tarjeta en el plástico de tu placa, así sabes dónde la tienes. Ese móvil está encendido las veinticuatro horas, los siete días de la semana y siempre es buena hora para llamarme. Conversaremos contigo cuando los médicos nos autoricen.

—Sí, gracias.

Él sonrió.

—De acuerdo, te dejo entonces.

Luego, desapareció. El paramédico se inclinó hacia ella y le puso algo en el dedo índice. Otra pinza. Notó que tenía una luz roja. Le medía el pulso, los latidos del corazón. Cerró los ojos. Sentía como si estuviera tendida en el fondo de una piscina, mirando hacia arriba. Se permitió relajarse y contemplar la superficie del agua, cómo formaba polígonos azules cambiantes. Y entonces, por un instante, de la nada, le vino a la mente un recuerdo de la azotea. De la chica, Farah, y de Ben con su traje de osito, del cielo gris detrás de ellos, de las nubes que pasaban, veloces.

Lizzie se estremeció con violencia, como si tuviera náuseas. Se dio cuenta de que el paramédico le ofrecía un recipiente dentro del cual vomitar. Vio su cara ancha, bondadosa, cansada. El verde reconfortante de su uniforme, los pantalones con los bolsillos laterales. Ella también tenía bolsillos así, recordó, pero negros, no verdes. Lo alejó con un movimiento de la mano.

—No, estoy bien, gracias. —Con empeño, volvió a concentrarse en la carpeta. Pensó en lo antiguas que eran. ¿Quién hubiera pensado que los paramédicos seguían utilizándolas?

El inspector Shaw subió a la ambulancia.

—¿Todo bien, Lizzie?

—Jefe —lo saludó ella y asintió.

Lo observó. Era eficiente, eso lo comprendía. Estaba organizándolo todo. La estaba cuidando.